AÑO XXXVII

EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11086

PRECIOS DE SUSCRIPCION
En la Península--Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id—La suscripción se contará desde 1° y 16 de cada mes.--La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 18 DE OCTUBRE DE 1898

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.--Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA MUERTE DEL GENERAL

Á MI QUERIDO AMIGO DON ANTONIO OLIVER.

¡Hermosa tarde!

En el paseo de coches lucían sus blasones y su decadente vanidad, las damas linajudas de la aristocracia.

La del dinero, mostraba en el lujo de sus trenes, la abundancia de sus repletas cajas.

Y en torno del estanque—ese *mar* terso como la bruñida superficie de un espejo—paseaban y ofrecían á la general expectacion—sus virginales encantos, las jovenes más apuestas y gallardas de Madrid.

En este triste y silencioso declinar de mi vida ¡con cuan grande amargura dabame yo á contemplarlas!

En el rostro la frescura de la primavera, en los ojos todo el fuego de una vida que parece creada para no extinguirse y entre los labios, jugueteando como chicas traviesas y revoltosas, un enjambre de ilusiones, de sonrisas y de besos.

Cansado de discurrir pausadamente por las espaciosas alamedas del Retiro, me senté en un banco de piedra.

Las sombras se adelantaban, imponiendo silencio en el vasto recinto de la Naturaleza. El sol despedía sus ultimos rayos, tiñendo de oro y grana la copa de los árboles; éstos, asustados de la proximidad de la noche, parecían envolverse en el manto de su espeso ramaje para dormir tranquilos. Luz en el espacio y en la tierra obscuridades que van esfumando en sombras los objetos, borrando sus contornos y convirtiéndolos en masas informes que se desvanecen hasta desaparecer en las espesas negruras de la noche.

Hay en esta hora de los misterios, algo parecido al engaño de la vida social. En el semblante, dichosas alegrías, sonrisas dulces, miradas tiernas, dichosas esperanzas: en el corazón, el odio, el encono, los brutales apasionamientos: luz en la fisonomia y sombras en el alma.

En medio de aquel silencio interrumpido á ratos por el cuchicheo de las hojas, vinieron á sorprenderme los recuerdos de tiempos mejores, siempre evocados con gusto, registrados siempre con el placer que produce todo aquello que pasa para no volver y deja grabada su impresión en las páginas de la memoria.

Yo estaba dedicado á ese dulce teger y destejer, con el cual se forma la tela invisible de los recuerdos; pero de pronto vi algo que llamó mi atencion. Era la señora de mi antiguo compañero de colegio, el coronel Pérez de la Rivera, muerto heróicamente en el ataque de Monte Jurra.

Delante, saltando como cervatillo ligero, á quien alegra la vida exuberante de la Naturaleza, venía Julio, rapaz alegre, de semblante vivo, de mirada expresiva é inquieta, de frente espaciosa sobre la que caían en desorden los largos tirabuzones de sus rubios cabellos.

Cuando Rosa, que así se llamaba la viuda del coronel, llegó á donde yo estaba, me dirigí á saludarla. Cambiamos las naturales frases de cortesía é intenté hacer una caricia á Julio; pero fuí vano mi propósito.

Este corría de aquí para allá, el cuerpo encogido, los puños apretados y puestos sobre el pecho como si refrenara brioso corcel rebelde á la brida y ansioso de carrera. Al mismo tiempo imitaba con sus saltos el galopar precipitado y descompuesto de un caballo.

Inútilmente le llamaba su madre para que me saludara; Julio, con las mejillas encarnadas, la respiracion anhelante y la exuberancia de su vida escapándose por aquellos ojos que parecían hechos para contemplar todas las alegrías y todas las felicidades del mundo, continuaba corriendo. En una de sus vueltas y al pasar junto á mí, me dijo:

—No puedo hablar ahora; estoy en función del servicio;—y acompañó sus palabras con una sonrisa tan dulce como maliciosa: después levantó la cabeza, la inclinó un tanto a la derecha y grito con voz ahuecada:

—Batallones, de frente.. ¡marchen! ¡guia á la derecha!

Detuvo su inquietud de pájaro, su movilidad de ardilla, un momento, y dirigiéndose con semblante ceñudo á una hermosa encina, exclamo:

—Señor Capitan, esa compañía no lleva el paso...

¡Muchachos, la frente alta!.. ¡El cuerpo derecho! ..¡Aire en los brazos!

Y se alejó volviendo la cabeza, como si inspeccionara el cumplimiento de sus órdenes.

⁂

Rosa, extasiada, contemplaba aquella escena, y saliendo de su legítima abstracción, me dijo:

—¡Siempre combatiendo, siempre dando batallas!... ¿Qué le parece á usted este general del presente?

—Una halagadora esperanza de lo porvenir—la contesté.

En tales momentos llegó Julio hasta nosotros.

—Mamá, dijo, vamos, vamos; el ejército se aleja, al enemigo le tenemos muy cerca,—y volviéndose á mi, me dió un beso.

—¡A la orden, mi general!

Al verme en la correcta posición del recluta, me hizo una graciosa genuflexión que acompañó de estas palabras:

—Baje usted la mano,—y emprendió de nuevo su precipitada carrera.

La madre, con ojos anhelantes y andar precipitado, siguió á su hijo; yo, al despedirme de ella, me quedé un rato midiendo con la imaginacion la distancia que separa la infancia de la edad viril, y que no es otra, sino la que media entre las ilusiones soñadas del niño y las amargas realidades del hombre

⁂

Había transcurrido poco más de un mes, desde que vi á Julio con su madre en el Retiro, hasta el día en que recibí de mi compañero la siguiente carta:

«Amigo mío; no me es posible verté hoy Una gran desgracia amenaza á la viuda del coronel Pérez de la Rivera Julio se muere. Así lo afirma su madre, por más que el médico no lo asegura. Tuyo *Ramiro.*»

¡Qué efecto tan profundamente triste produjeron en mi alma aquellas palabras, en las cuales habia algo parecido á una irrevocable sentencia de muerte!

Dícese que los padres aumentan los peligros cuando de sus hijos se trata; mejor fuera asegurar que presienten las desgracias y adivinan los infortunios

Inmediatamente fuí á visitar á Rosa, y al llegar á su casa y entrar en la alcoba dondo se encontraba el niño enfermo, ¡qué espectáculo mas siniestro! Todo era allí sombras, obscuridades y tristezas precursoras de las lagrimas.

Julio tenía el semblante lívido, los ojos entornados; ya casi sin respiración, rodeaba con su brazo derecho el cuello de su madre, obligandola á reclinar la cara en la almohada

Esta, con los ojos enrojecidos por el llanto y la faz marchitada por el dolor, dirigia mudas, pero enérgicas interrogaciones, á una estampa de la Purísima Concepción que en el angulo de la alcoba se veia, alumbrada por los vivos y amarillentos resplandores de una lámpara de aceite.

Con el brazo izquierdo unía Julio a su cuerpo los juguetes queridos: un caballo de carton, un sable, un chacó de húsar, una faja de general y una caja de soldados de plomo, medio vacía, pues la mayor parte de ellos estaban diseminados por toda la cama, formando sobre la blanca sábana los vistosos y relucientes caprichos de un kaleidóscopo

—Ayer,—me dijo Rosa,—encontrábase mejor. Se llevó todo el día formando *su ejército*, como él decía, y dando batallas; era su ocupación favorita. Hoy mismo no ha hecho otra cosa; esos soldados que ve usted han sido por él formados, alineados y vencidos; pero de repente le sorprende un síncope, y ahí le tiene usted, agonizante, llevándose con su vida la mía, y con sus ilusiones todas mis esperanzas.

En este momento, Julio sufrió un estremecimiento nervioso, apretó contra su cuerpo el de su madre, como si quisiera, en un esfuerzo supremo, asirse más á la única salvacion, se agitó un momento, abrió los ojos, los fijó en Rosa, movió los labios como para darla un beso y.. ... quedó frio, sin movimiento, asido fuertemente á su madre, que le cubría de llanto copioso, y a su caballo de carton, su sable, su faja de general, su chacó de húsar y su caja de soldados de plomo, es decir, á los séres que les fueron mas queridos en la tierra.

La lámpara disminuyó los reflejos, hizo más mortecina su luz, y en aquella alcoba vinieron las sombras a aumentar la tristeza con la lobreguez de sus negras tintas.

⁂

Al día siguiente apareció el cielo diáfano. El sol iluminaba la tierra con sus rayos mas vivos, y las blancas nubecillas, figurando adornos de finísimo encaje, se deslizaban pausadamente y á veces flotaban como si fueran los cortinajes vistosos con que se adornaba el cielo para celebrar una alegre festividad: la llegada de un ángel.

Sobre una mesa cubierta con paños azules yacia el inocente Julio En su semblante no habia hecho estragos la muerte. Consumó el sacrificio sin ese ensañamiento que por lo común la hace sí triste siempre, siempre repugnante. Le habia faltado valor para llevarse con la vida los seductores atributos con que la ostentaba la figura simpática de Julio. Este, rodeado de flores, era, una más en aquel conjunto de pesamientos. nardos, camelias y rosas.

Parecía dormir tranquilo, para despertar pronto con la sonrisa en los labios y las ilusiones en aquella frente purísima donde se agitaron tantos pensamientos ambiciosos

A su lado estaba el sable, el chacó de húsar, la faja de general y la caja de soldados Estos, diseminados alrededor de la cajita de zinc donde reposaba el cuerpo del general.

Yo no podía ser espectador indiferente de aquel cuadro, y las lágrimas inundaron mis ojos, y la pena ahogó mi garganta.

Venian los recuerdos á atormentarme reproduciéndome escenas todas de una muy triste melancolía. Me fingía en la imaginación la figura del coronel Pérez de la Rivera amparando con su sombra protectora la modesta tumba, y abriendo los brazos para recibir aquel cuerpo y unirlo al suyo en una vida eterna donde la separación no existe.

Antes de retirarme puse de pié la masa de soldados formándoles en columna; acerqué la espada á la yerta mano del ángel que dormía, y me alejé de allí murmurando:

—¡Si despierta el general, que dé su última batalla!

* * *

ACADEMIA PREPARATORIA
PARA TODAS LAS CARRERAS ESPECIALES
ESTABLECIDA EN EL COLEGIO DE S. ISIDORO
á cargo de los señores D. Adrián Riestra, comandante de Artillería y Doctor en Ciencias Físico-Matemáticas; D. Antonio Gutiérrez, Licenciado en la misma facultad; D. José Serrano y D. José Méndez, Ingenieros de Caminos, Puertos y Canales
El curso empieza el 1.° de Octubre.
15, Balcones Azules, 15

TIJERETAZOS

El tortugón telegráfico se ha ensoberbecido.

Y aunque su estado es lastimoso, porque el viento le ha echado los alambres y los palitroques al suelo, se ha revuelto anoche contra «Las Noticias» y le ha disparado un telegrama *de hoy*.

Esta vez ha alargado de tal modo el paso la tortuga que se ha dejado al tiempo en el camino

—

Dice un periódico que es preciso hacer entender á todo maestro de escuela la obligación que tiene de ser autor de la *reforma social*.

Bueno; pero ¿no se les podria pagar antes?

Ya que les impongamos el deber de que nos regeneren, concedámosles si quiera el derecho de que coman.

Y al monterilla que se oponga de cualquier modo á ese derecho que lo deslomen.

—

En París, un salvaje preparó un choque de trenes; pero la divina providencia estuvo al quite y evitó una catástrofe.

En Madrid, un émulo del desalmado parisiense ha envenenado á dos niños.

En no sé qué punto un hijo cariñoso le ha dado una puñalada á su padre dejándolo moribundo.

Pensando en estas cosas ,se siente uno avergonzado de ser partidario de la abolición de la pena de muerte.

Abolir el derecho á suprimir las fieras es casi tanto como darles permiso para que nos devoren.

GLORIAS NACIONALES

Heróica defensa de Alcanar.

18 de Octubre de 1835.

Al hacerse cargo el general carlista don Ramón Cabrera del ejército del Centro, su primer cuidado fué armar é instruir, no sólo á los reclutas que se le incorporaban, sino también á los mismos soldados que formaban aquél, á la sazón tan escasos de instrucción y disciplina como de armamento.

Tan pronto tuvo á sus huestes en un estado que las permitía hacer frente á las tropas cristinas, atacó y tomó varias poblaciones fortificadas.

Una de éstas fué Alcanar, rendida el 18 de Octubre de 1835, después de oponer una resistencia tan bizarra como heróica.

Por convenir á los planes de Cabrera la posesión del mencionado pueblo, defendido por 64 nacionales, al mando de don José Boria, lo atacó con Forcadel al frente de dos batallones y un escuadrón, en la mañana del 18 de Octubre,